

# **El sabio entre el asombro y la curiosidad**

Strosetzki, Christoph

First published in:

Modelos de vida en la España del Siglo de Oro - Volumen 2, S. 11 – 30, Iberoamericana, Madrid  
2007, ISBN 978-3-86527-184-6

Münstersches Informations- und Archivsystem multimedialer Inhalte (MIAMI)

URN: urn:nbn:de:hbz:6-82429489554

EL SABIO ENTRE EL ASOMBRO Y LA CURIOSIDAD:  
*EL LICENCIADO VIDRIERA DE CERVANTES*

Christoph Strosetzki  
*Universität Münster*

El licenciado Vidriera está modelado según la figura del sabio que sabe dar informes sobre todo competentemente y que, por lo tanto, es estimado de manera particular<sup>1</sup>. Ahora bien, mi tesis es que la compleja discusión que se ha sostenido sobre la curiosidad desde la Edad Antigua es un elemento central y estructurador de la novela corta. Con ello se cuestiona, si está suficientemente diferenciada la noción de Hans Blumenberg de una curiosidad rechazada en la Edad Media y legitimada a principios de la Edad Moderna. En un primer apartado, se traerán brevemente a la memoria el contenido y la estructura de la novela. En el segundo apartado, se mostrará cómo el curioso Licenciado en sus viajes llega a saber cosas maravillosas sobre países ajenos y cuál es la importancia para el conocimiento que se concede al hecho de asombrarse y maravillarse desde Aristóteles. El tercer apartado se ocupará del Licenciado como pícaro sabio frente a los necios preguntones y propondrá un planteamiento comparable en la segunda parte del *Lazarillo*. Partiendo de los filósofos y los humanistas, el cuarto apartado introducirá de manera sistemática diversos aspectos de la curiosidad y se refiere a *El licenciado Vidriera*.

<sup>1</sup> «Le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio; cosa que causó admiración a los más letrados de la Universidad y a los profesores de la medicina y filosofía [...] tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza» (Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 117).

1. *EL LICENCIADO VIDRIERA*: CONTENIDO Y ESTRUCTURA

En *El licenciado Vidriera* de Cervantes hay que distinguir dos partes: en la primera parte, viaja curioso por Europa; en la segunda, da respuestas a las preguntas curiosas de los demás. Es su finalidad llegar a ser famoso mediante el conocimiento. Sin embargo, sirve primero durante ocho años a amos jóvenes en Salamanca, lo cual le permite estudiar jurisprudencia y materias humanísticas al mismo tiempo. Luego se une a unos soldados, «pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos»<sup>2</sup>. Experimenta las fatigas de los viajes por mar con tempestades y chinches y se asombra de los rizos rubios de las genovesas así como de la belleza de la ciudad de Génova. El maravillarse se convierte en una actitud esencial frente a los países y sus habitantes que le son nuevos. Después de la visita a Florencia y Lucca se asombra de la grandeza de Roma, admira los puentes y las colinas; su espanto crece, cuando ve Nápoles después de otro viaje por mar. Es sólo después de haber admirado Amberes en Flandes cuando vuelve a Salamanca y adquiere el título de licenciado en ambas ciencias. Cuando por curiosidad quiere conocer a una dama cuyo amor rechaza, ella pretende hacerle cambiar de opinión mediante un hechizo, pero en realidad lo único que consigue es que él crea a partir de ese momento estar hecho de vidrio frágil. Esto tiene como consecuencia que grite de miedo cada vez que alguien se le acerca demasiado o bien que se ponga un vestido llamativamente amplio y vaya sin zapatos, que adopte extrañas costumbres a la hora de comer, y que duerma en el campo en verano y en el granero de una taberna en invierno.

Como la mente y el alma atraviesan el vidrio más rápidamente que un cuerpo pesado, cree poder dar las respuestas correctas a todas las preguntas posibles. En la segunda parte son primero los eruditos de la Universidad y todos los profesores de Medicina y Filosofía los que están asombrados por su astucia. Evoca «admiración y lástima»<sup>3</sup> en todos los que dan con él. Por lo tanto, la curiosidad está de parte de los que preguntan. No sólo se refiere a los objetos de las preguntas, sino al mismo Licenciado.

<sup>2</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 107.

<sup>3</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 118.

¿De qué naturaleza son las cuestiones que se plantean? En la mayoría de los casos, las preguntas o se refieren a situaciones de la vida diaria o a los oficios frecuentes. Pocas veces se pregunta por campos de conocimiento, más frecuentemente por sus representantes. La poesía constituye una excepción. De ella dice el Licenciado que incluye todas las demás ciencias, que se sirve de éstas y que produce obras maravillosas «con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla»<sup>4</sup>. Semejantes respuestas hechas con seria intención demuestran sabiduría, mientras que las livianas son el resultado de sátira y autoironía. Un ejemplo de autoironía es la respuesta a la pregunta de por qué es capaz él de sentir dolor en el cuello después de una picadura de avispa, si efectivamente está hecho de vidrio. A esto responde que la avispa pertenece al gremio de los que cotillean, cuyas lenguas y picaduras son lo suficientemente afiladas como para penetrar en cuerpos de bronce. A la pregunta de qué debe hacer el hombre cuya mujer se haya escapado con otro, responde con el sabio y práctico consejo: que dé gracias a Dios por haberle secuestrado de su casa a su enemigo. También lleva a un consejo bien intencionado la pregunta de cómo debe vivir en paz el hombre con su mujer: que ella mande sobre toda la gente en la casa y él sobre ella. Por el contrario, sólo es astuto y no muy prometedor el consejo que se dirige a quien pregunta qué hay que hacer para no tener que envidiarle a nadie, a lo que él aconseja que se duerma, pues así por lo menos se parece en el sueño a quien envidia. Por último, a la pregunta por parte del curioso de quién es el hombre más feliz, el lector no puede más que divertirse a costa de éste, puesto que la respuesta ya es ingeniosamente astuta, pero prácticamente inutilizable: «Nemo; porque *Nemo novit Patrem; Nemo sine crimine vivit; Nemo sua sorte contentus; Nemo ascendit in coelum*»<sup>5</sup>.

También allí donde se pregunta por los oficios y sus peculiaridades la respuesta es satírica y sin pretensión de veracidad. A la pregunta de por qué la mayoría de los poetas son pobres, dice que es cosa suya, ya que les sería fácil ser ricos y servirse del cabello dorado de sus damas, de su frente hecha de plata bruñida, de los ojos de esmeraldas verdes, de los labios de corales o de las perlas líquidas de sus lágrimas. Preguntado por el defecto de los libreros explica cómo les estafan su sueldo a los escritores. A la pregunta del portador de sillas de mano que quiere saber

<sup>4</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 122.

<sup>5</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 135.

qué piensa de él, responde que cada portador conoce más pecados que un confesor, pero que no los guarda como éste, sino que los escucha para contarlos en las tabernas. Sobre los médicos comenta que son los únicos que nos pueden quitar la vida, sin que tengan que temblar ante un castigo. Compara a los abogados con los médicos que siempre arriaman el ascua a su sardina, póngase mejor el enfermo o no. En la mayoría de los casos es algo negativo lo que caracteriza al oficio. De este modo, se expresa de manera satírica y hábil sobre burreros, marineros, boyeros, boticarios, maestros de esgrima, señoras de compañía, escribanos, difamadores, propietarios de casinos de juego, jueces de instrucción, falsos eruditos, sastres, zapateros, panaderos, titiriteros y actores.

Cuando al final el Licenciado es sanado y ya no se cree un hombre de vidrio, la gente corre curiosa detrás de él, así que ya no puede ejercer su profesión de abogado. La curiosidad pesada de las masas que no dejan de reunirse a su alrededor le lleva a la ruina, así que vuelve a Flandes donde muere como soldado prudente y valiente.

¿Por qué expresan curiosidad las muchas preguntas que van dirigidas al Licenciado? En 1611, en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, Sebastián de Covarrubias deriva la palabra *curioso* de la palabra latina *cur*<sup>6</sup>. Dice que por eso el curioso pregunta siempre «¿Por qué es esto, y por qué estotro?», y que demasiadas preguntas no demuestran curiosidad, sino también ocio. Según Covarrubias, los rigurosos espartanos incluso castigaban a quien preguntaba por cosas que no eran suyas. Por supuesto, es incorrecta una derivación etimológica, pues, en latín, curiosidad significa *curiositas* que está derivado de *cura*. *Cura* significa la asistencia, la preocupación y el esfuerzo con los que uno se dedica a una cosa. Sin embargo, la vinculación de la curiosidad con el preguntar hecha por Covarrubias indica una noción universalmente popular de la que se sirve Covarrubias. No obstante, se debe diferenciar entre la curiosidad del Licenciado viajante y la curiosidad del público interrogante.

<sup>6</sup> Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española*, p. 388: «Yo digo que la palabra curioso u curiosidad se deriva deste adverbio cur, que es adverbio de preguntas, y del nombré ociosidad, porque los curiosos son muy de ordinario holganes y preguntadores como su maestro, que su primera palabra que habló, fue quando dixo a Eva: "Cur praecepit vobis Deus?" Plutarco escribe que en Lacedemonia davan pena y castigavan a un hombre curioso que preguntava lo que poco le iba».

## 2. VIAJES Y EXPERIENCIAS MARAVILLOSAS

En Venecia casi le habría ido a *nuestro curioso*, es decir, al Licenciado, como a Ulises con Calipso y por poco se habría olvidado de su *primer intento*<sup>7</sup> debido a la cantidad de diversiones y placeres. Aún nos acordamos de que su finalidad es hacerse famoso mediante el conocimiento y, como ya fue citado anteriormente, los viajes hacen al hombre sensato. ¿Por qué se establece en el texto una relación tan clara entre el Licenciado y Ulises? Como ya se sabe Ulises pasa diez largos años de un sitio para otro hasta que puede finalmente volver victorioso a su patria; un año lo pasa retenido por la maga Circe que le hace olvidar su objetivo y otros siete por la ninfa Calipso. El Licenciado, viajero y ansioso de conocimiento, encuentra su más cercano precedente en la concepción dantesca de un Ulises igualmente ansioso de conocimiento.

Dante en su obra *Divina comedia* castiga a Ulises entre otras cosas por lo del caballo de Troya que despierta la curiosidad de los troyanos y esto precisamente les lleva a su perdición. En el canto veintiséis de *Inferno*, Ulises representa la independencia libremente elegida, la inquietud y la curiosidad, la que no le permite volver a su patria sino que le hace seguir viaje hacia el oeste, más allá de las columnas de Hércules durante cinco meses. Ulises llama la atención a sus compañeros para que no vivan como animales sino que adquieran virtud y sabiduría. Siguiendo el sol deben continuar explorando la parte del mundo no habitada. Después de haber estado en España, Marruecos y Cerdeña, llegan, según la versión libre de Dante, a un alto y, desde la distancia, oscuro monte. La alegría inicial al divisar tierra desconocida termina con el hundimiento del barco, es decir, con el fracaso de la expedición al cruzar el límite de lo hasta aquel momento desconocido y con el castigo de la curiosidad de Ulises. El Licenciado si bien es transformado, no es castigado a causa de sus viajes. Aquí se apunta igualmente otra valoración de la curiosidad que se verá también más tarde en la portada de *Instauratio magna* de Bacon en 1620. Ahí no se encuentra al lado de las columnas de Hércules la sentencia «Nec plus ultra», según la cual el Ulises de Dante entendió que no debía atreverse a sobrepasar ese punto, sino que en vez de este lema

<sup>7</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 114.

se encuentra otro en el barco de Ulises, éste es: «Multi pertransibunt et augebitur scientia»<sup>8</sup>.

Los viajes que el Licenciado lleva a cabo le proporcionan, al igual que a Ulises, experiencias desconocidas. La continua reacción del Licenciado es maravillarse. Teniendo en cuenta que la literatura ofrece al Licenciado, como se menciona anteriormente, no sólo *provecho* y *deleite*, como era la norma desde Horacio, sino también *maravilla*, parece que el maravillarse es otra clave de la novela corta. Pero, ¿qué significado tiene esta palabra en el Siglo de Oro? En la ampliamente extendida *Silva de varia lección* de Pedro Mexía, aparece la «cosa maravillosa» asociada con la actitud de «admiración»<sup>9</sup>: «Es cosa maravillosa de ver y considerar la diversidad de las condiciones y inclinaciones de los hombres y las propiedades particulares que algunos dellos tienen»<sup>10</sup>, «Y, de tan grande variedad, parece más maravilloso quando dos hombres se parecen mucho»<sup>11</sup>. El maravillarse puede conducir, según San Agustín a la adoración de Dios a través de su maravillosa obra<sup>12</sup>. Cuando Mexía, al igual que la escolástica, habla de «el filósofo» se refiere a Aristóteles y le atribuye la idea del afán de saber natural del hombre que le ha llevado incluso a investigar las estrellas y los planetas:

Como dize el filósofo, los hombres naturalmente son cobdiciosos de saber; y es tanta la cobdicia y atrevimiento del ingenio humano, que no se contenta con inquirir las cosas que buena y descansadamente se pueden comprehender, pero aun las impossibles y muy arduas presume y procura de investigar y conoscer<sup>13</sup>.

Efectivamente Aristóteles considera el maravillarse como el factor desencadenante del filosofar:

Los hombres empezaron a filosofar porque se maravillaban y al principio se maravillaban de lo inexplicable con lo que se encontraban.

<sup>8</sup> Blumenberg, 1973, p. 141.

<sup>9</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 498.

<sup>10</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 406.

<sup>11</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 504.

<sup>12</sup> Augustinus, *Bekenntnisse*, p. 293.

<sup>13</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 177.

Paulatinamente fueron progresando de esta forma y se formulaban preguntas sobre cosas revelantes, como por ejemplo, sobre cómo influye la luna, el sol y las estrellas en la formación del firmamento<sup>14</sup>.

Al fin y al cabo, la *Metafísica* de Aristóteles empieza con la frase de que todos los seres por naturaleza ambicionan la sabiduría. Una señal de eso es su amor por todo lo que se percibe por los sentidos. Todo conocimiento empieza según Aristóteles «con el asombro de que las cosas sean como son, tal como unas marionetas que se mueven por sí solas, el cambio solar o la inconmensurabilidad de la diagonal»<sup>15</sup>.

Maravillarse es, por tanto, la condición para la adquisición de nuevos conocimientos y quien no pueda maravillarse será un ignorante toda su vida. De todas formas René Descartes llega a una conclusión inversa de la frase aristotélica: «mais nous n'avons que l'admiration pour celles (les choses) qui paroissent seulement rares. Aussi voyons nous que ceux qui n'ont aucune inclination naturelle à cette passion, sont ordinairement fort ignorants»<sup>16</sup>. Ahora se entiende por qué el Licenciado acoge todas las novedades que percibe en sus viajes con la actitud de maravillarse. El grado de su asombro muestra la medida de la adquisición de conocimiento.

### 3. EL SABIO PÍCARO Y LAS PREGUNTAS

Cuando el marido de una tendera confunde al Licenciado con un pícaro, contesta que de ninguna manera quiere ser tomado por ignorante: «más tenéis de bellaco que de loco. —No se me da un ardite —respondió él—, como no tenga nada de necio»<sup>17</sup>. *Bellaco* significa, además de 'pícaro', también 'malo' y 'astuto' e indica características típicas del pícaro. ¿Qué otras características del pícaro tiene el Licenciado? Como un pícaro juzga todas las clases sociales con las que se ve confrontado y también sirve a dos amos; en la época de su lo-

<sup>14</sup> Aristoteles, *Metaphysik*, pp. 21 y ss.; en Aristóteles tales preguntas no están en contradicción con las exigencias de la divinidad, ya que ésta posee en el mayor grado la ciencia de los más altos principios.

<sup>15</sup> Aristoteles, *Metaphysik*, p. 23.

<sup>16</sup> Descartes, *Die Leidenschaften der Seele*, p. 116.

<sup>17</sup> Cervantes, *Novelas ejemplares II*, p. 119.

cura está al servicio de la curiosidad pública. Pero lo más importante es que el Licenciado ansía un ascenso social: quiere ser famoso por su sabiduría. Como se creía el Lazarillo al final de la primera parte de su historia subjetivamente y demasiado injustamente «en la cumbre de buena fortuna», el Licenciado tampoco tiene éxito en su ascenso social. Pero también se muestran otras similitudes entre el Licenciado y el final de la segunda parte del *Lazarillo*, cuyo protagonista después de su vida como atún responde las difíciles preguntas de un tribunal universitario y consecuentemente consigue así su fama. Hay que tener en cuenta, en definitiva, que para el *Lazarillo* el modelo eran las *Metamorfosis* de Apuleyo que acentúan continuamente la curiosidad como cualidad central del héroe, el cual rastrea en sus viajes todos los detalles posibles, como por ejemplo, todos los pasos en falso ajenos<sup>18</sup>. Sin embargo, en Apuleyo la curiosidad no se valora de modo uniforme, sino en parte positiva y en parte negativamente y tampoco se discute de manera sistemática.

Numerosos son los paralelismos entre la *Segunda parte del Lazarillo*<sup>19</sup> y el Licenciado. Ambos protagonistas experimentan una metamorfosis: el Lazarillo se convierte en atún y el Licenciado en vidrio; también ambos se reconvierten de nuevo. Por otra parte, los dos parecen tan sabios después de tantos viajes que se les formulan preguntas más o menos difíciles. Mientras que Lazarillo agradece su salvación, cuando estaba con los atunes, al consumo excesivo de vino, el Licenciado, a su vez, conoce la variedad de vinos en una copiosa cata después de un peligroso viaje por mar. El Licenciado está motivado por el ansia de saber, pero en el Lazarillo es la codicia lo que pone en marcha sus viajes<sup>20</sup>. A Lazarillo lo material le parece más importante que lo espiritual, por eso elige para su consejo doce atunes de entre los más ricos y no de entre los más sabios<sup>21</sup>; sin embargo, eso no impide que al final se denomine al Lazarillo como «el más cuerdo y sabio atún que

<sup>18</sup> Mette, 1956, pp. 227-235. El protagonista que en Apuleyo se convierte en burro a causa de su curiosidad, considera continuamente de sí mismo que la curiosidad le es innata: él es «un burro curioso muy impertinente».

<sup>19</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 131: «Con esto y con la codicia que yo me tenía, determiné —que no debiera— ir a este viaje».

<sup>20</sup> «Yo escogí para mi consejo doce dellos, los más ricos, y no tuve respeto a más sabios si eran pobres».

<sup>21</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 179.

hay en el mar»<sup>22</sup>. Tanto la curiosidad como la codicia son pasiones reprochables que ansían de manera exagerada posesiones espirituales o materiales. A ambas cualidades les falta la medida necesaria para tratarse de virtudes. Pero al final son, efectivamente, las experiencias de sus viajes las que capacitan a Lazarillo para pronunciar discursos y contestar preguntas delante de los profesores de la Universidad de Salamanca; «adonde, según dicen, tienen las ciencias su alojamiento»<sup>23</sup>. Ya en las conversaciones anteriores con los otros le parece haber «alcanzado más por mi experiencia que ellos por su saber»<sup>24</sup>, mientras que la gente quiere saber si ha estudiado en Francia, en Flandes o en Italia.

El rector de la Universidad formula a Lazarillo cuatro preguntas; a la primera de cuántos toneles de agua hay en el mar, contesta que si alguien pudiera meter toda el agua en un recipiente, entonces él podría medirlo. A la segunda pregunta de cuántos días han pasado desde la creación de Adán hasta hoy, contesta haciendo referencia a los siete días de la semana, a los cuales suceden otros siete días. En este punto aparece Lázaro «ya muy doctor entre los doctores, y muy maestro entre los de licencia»<sup>25</sup>. A la pregunta de dónde se encuentra el fin del mundo replica con otra pregunta: «Qué filosofías son éstas?, díxeme yo entre mí. ¿Pues no habiéndolo yo andado todo, cómo puedo responder? Si me pidiera el fin del agua, algo mejor se lo dixerá»<sup>26</sup>. La última pregunta por la distancia que hay entre el cielo y la tierra provoca una protesta que se articula en un monólogo interior: «muy bien podía él saber que no había hecho yo aún tal camino. Si me pidiera la orden de vida que guardan los atunes y en qué lengua hablan, yo le diera mejor razón»<sup>27</sup>. Por tanto, él podría contestar perfectamente cuando se le preguntara por las experiencias que ha acumulado, pero no cuando el interrogador pregunta por un camino aun sabiendo que no lo puede saber pues aún no ha tenido ocasión de andarlo. Así que considera que el cielo está muy cerca de la tierra y propone una prueba práctica: que el rector se ponga en camino hacia el cielo y así

<sup>22</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 212.

<sup>23</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 248.

<sup>24</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 251.

<sup>25</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 254.

<sup>26</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 255.

<sup>27</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 255.

Lazarillo le oíría cantar aun cuando lo haga en voz baja. Ahora Lazarillo goza de parecida popularidad como el Licenciado y puesto que todos los presentes encuentran sus respuestas excelentes, todos quieren felicitarle, verle y escucharle hablar: «El nombre de Lázaro estaba en la boca de todos, y iba por toda la ciudad con mayor zumbido que entre los atunes»<sup>28</sup>.

Queda claramente demostrado que las preguntas del rector hacen referencia a materias especulativas que no son accesibles a la experiencia. Para Lazarillo el conocimiento y provecho extraídos de la experiencia constituyen la base de sus respuestas; por ello él no contesta realmente las preguntas sino que aclara que éstas no se dejan contestar y que son irrelevantes para la vida práctica del hombre, o sea, que tienen su origen en una curiosidad mal dirigida. Cuando el pícaro Lazarillo se muestra con sus respuestas como un sabio, se le puede comparar de nuevo con el Licenciado, el cual se presenta también con su locura como sabio. Ambos se corresponden con el esquema del sabio loco, al que Jerónimo de Mondragón se dedicó en su *Censura de la locura humana y excelencias dellas* en 1598 apoyándose en *Encomium moriae* (1510) de Erasmo de Rotterdam<sup>29</sup>. Mondragón introduce el ejemplo de un hombre que consideraba suyos todos los barcos que atracaban en el puerto de su ciudad. Después de la curación de su necedad asegura no haber sido nunca tan feliz como cuando era necio. Asimismo al Licenciado le va mejor antes de su sanación. Mondragón informa también de Hipócrates, quien debía sanar de su locura a su conciudadano Demócrito, el cual padecía de ataques de risa. Al preguntarle a Demócrito por la razón de su mal, éste contesta que debe reírse continuamente de los hombres puesto que los ve rebosantes de locura. Esto le hace cambiar de opinión a Hipócrates, puesto que a partir de ese momento considera él mismo locos a todos los hombres pero no a Demócrito.

Una dialéctica parecida se encuentra en la tesis de Mondragón, cuando dice que la multitud estúpida sólo puede aplaudir a un falso sabio y, en cambio, se ríe del verdadero sabio y le toma por insensato. Si se aplican estos pensamientos al Lazarillo o al Licenciado, entonces es posible que o bien el público, necio a su manera, adore en

<sup>28</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, 1988, p. 257.

<sup>29</sup> Strosetzki, 1987, pp. 118 y ss.

ellos a sabios, siendo en realidad ignorantes, o bien que, teniendo en cuenta la imposibilidad de cumplir con las expectativas del público, lo que parece más probable, el público necio sólo reconozca un pseudo conocimiento pero que desconozca la sabiduría que se esconde detrás, expresada a través de la actitud crítica y del modo lúdico de las réplicas.

#### 4. CURIOSIDAD

Para Hans Blumenberg, el concepto de la curiosidad por el mundo se convierte en la palabra clave para la salida del pensamiento y orden social medieval<sup>30</sup>. La siguiente visión de conjunto sobre los aspectos sistemáticamente diferentes de la curiosidad en filósofos, teólogos y humanistas debe aclarar si se puede realmente afirmar que el reconocimiento del afán de saber humano representa un acto de afirmación propia del hombre frente a un absolutismo teológico marcadamente medieval. En la valoración de la experiencia entre la preocupación por la salvación, el conocimiento de sí mismo y el descubrimiento del cosmos se muestra una polaridad entre postulados alternativos del conocimiento teórico y ético. Por ello, debe ser aclarado en primera instancia el conflicto entre felicidad y afán de saber, que a su vez requiere ocuparse de otros objetos<sup>31</sup>.

*Felicidad y afán de saber en la Antigüedad*: Séneca critica en *De brevitate vitae* la curiosidad que plantea preguntas superfluas de erudición innecesaria y censura a los griegos que quisieran averiguar cuántos remos tenía el barco de Ulises y si fue escrita antes la *Iliada* o la *Odisea*. Las nuevas experiencias, que podrían ser realizadas en viajes, serían ciertamente numerosas, añade Séneca, pero no harían al viajero ni mejor ni más fuerte («neque meliorem, [...] neque sanioorem»). Aquí se muestra la actitud estoica de Séneca, según la cual es más importante conocer los centrales y generales principios de la ética, la lógica y la física, que la diversidad de individuos y cosas. Cuando los estoicos quieren explicar la ataraxia, esto es, la independencia respecto al mundo, esto no sucede a través de la ciencia. La felicidad se valora más

<sup>30</sup> Blumenberg, 1973.

<sup>31</sup> Ver en lo que sigue, Joly, 1961, pp. 33-44.

que la verdad del saber. Cicerón ya había rechazado en su escrito sobre el Estado poner en marcha investigaciones superfluas sobre un segundo sol que no produciría ningún perjuicio, porque éstas no llevaban a nada, ya que ni servían a la consecución de la felicidad ni a la moral. Según Cicerón, Homero vio correctamente que las sirenas debían dejar entrever a Ulises algo especial, esto es la ciencia, para poder seducirle. Sin embargo, se debe condenar la curiosidad por todos y cada uno, mientras que se debe elogiar la curiosidad por las cosas esenciales, enfrentando de este modo a una clase negativa de curiosidad una positiva. Cicerón ve fundada su posición ya en el epicureísmo griego, para quien el estudio de la música, la geometría, la aritmética y la astronomía, si bien puede llevar a enunciados verdaderos, no puede ayudar a vivir mejor y más felizmente. Epicuro hace a la curiosidad responsable de los afectos de temor y esperanza que destruyen la felicidad humana, cuando la dominan. Ya el presocrático Heráclito considera la polimatía como infructuosa, ya que el mero conocimiento de los hechos no forma el entendimiento. La crítica posición de los autores cristianos como San Agustín respecto a la *curiositas* viene dada, por tanto, por la adopción de una actitud de la antigüedad clásica, en concreto estoica<sup>32</sup>.

*Irrelevantes en la lejanía y en la cercanía:* la diferencia entre el conocimiento relevante e irrelevante la muestra Platón en una anécdota, según la cual una sirvienta se rió de Tales de Mileto, cuando éste cayó en un pozo mientras paseaba observando las estrellas<sup>33</sup>. En sus *Confesiones*, San Agustín reprueba a los astrónomos su desmesurada curiosidad frente a los secretos de la naturaleza y condena a aquellos que, llevados por la curiosidad, cuentan las estrellas y los granos de arena en la playa, miden las constelaciones, calculan las órbitas de los astros y pueden pronosticar el día, hora y lugar de los eclipses solares y lunares:

Ellos preveen con tiempo un futuro eclipse, pero el suyo propio presente no lo ven [...] Muchas cosas verdaderas dicen sobre la creación, pero no investigan sobre la verdad, sobre el hacedor muy artístico de la creación<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> Ver Joly, 1961, p. 44; Bousset formuló en el siglo xvii: «Mortels misérables et audacieux, nous mesurons le cours des astres et, après tant de recherches laborieuses, nous sommes étrangers à nous-mêmes».

<sup>33</sup> Blumenberg, 1973, p. 26.

<sup>34</sup> Augustinus, pp. 118 y ss. (V, III)

San Agustín habla también de las pequeñas cosas despreciables que tientan nuestra curiosidad. Escuchamos en primera instancia por educación y después por interés en el mero parloteo. Un perro que persigue a una liebre en un circo no es de interés. En campo abierto, sin embargo, esta caza despierta la curiosidad y quizá desvía la atención de una gran idea. Igualmente puede pasar en la observación curiosa de una lagartija cazando moscas, o una araña que las apresa en su red<sup>35</sup>. Mexía responde a semejante argumento que se pueden derivar lecciones morales para la vida humana a través de la observación de los animales<sup>36</sup>. Asimismo rechaza Santo Tomás la *curiositas* que se detiene en la caducidad de las cosas individuales y que no las reduce, en referencia a su creación, a su origen en Dios, aun cuando considera, siguiendo a Aristóteles, el afán de saber como algo natural<sup>37</sup>. Más tarde, en el siglo xvii, Blas Pascal hablará en este contexto de *divertissement*. El humanista español Mexía comenta algunas investigaciones sobre por qué la nieve recubierta de paja se mantiene fría y a su vez el agua caliente recubierta de paja también permanece caliente, que no tienen valor, pero satisfacen al entendimiento, una vez lo sabe<sup>38</sup>, aunque no por ello está demostrada su legitimidad. Según Mexía, el peligro de ocuparse de conocimientos de poco valor aumenta precisamente a causa de la imprenta, ya que se escriben «libros de poco fruto y provecho, de fábulas y mentiras» los que «destruyen y cansan los ingenios y los apartan de la buena y sana lección y estudio»<sup>39</sup>. Asimismo dice Fernán Pérez de Oliva:

¿Pues qué mal puede haber, decidme agora, en la fuente del entendimiento, de donde tales cosas manan? Que si parece turbia, como dijo Aurelio, esto es en las cosas que no son necesarias, en que por ambición se ocupan algunos hombres [...] así que, Dios hizo a hombre recto, mas él, como dice Salomón, se mezcló en vanas cuestiones. [...] Y las mayo-

<sup>35</sup> Augustinus, pp. 292 y ss.

<sup>36</sup> No sólo «avisos para [la vida y salud, pero reglas y ejemplos para] las virtudes y buenas costumbres» (Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 187).

<sup>37</sup> Blumenberg, 1973, p. 132.

<sup>38</sup> «A los pocos hombres de ingenio y amigos de contemplar y inquirir las cosas de naturaleza, no ay cosa otra contento tan liviana ni de tan poco valor, que no hallen en ella cosas que sean de notar y que den al entendimiento después de sabidas y conocidas» (Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 142).

<sup>39</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, pp. 22 y ss.

res tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad; así está escrito que en el ánimo malvada no entrará sabiduría<sup>40</sup>.

*Viaje como inquietud*: siguiendo la demanda griega de *Gnothi se auton* exige el humanista Erasmo la concentración en lo propio, la virtud y la existencia humana. Rehúsa con ello la mirada del *curiosus* a esto y a aquello tanto como la distracción y el saber individual, inabarcable y, en su adquisición, lleno de peligros. En ello, se nos muestra el viaje como inquietud que nos distrae de ejercicios espirituales, en la Edad Media como símbolo de *acedia*, es decir, como a través de la preocupación en la salvación descuidada por el ocio. En su séquito hacen acto de presencia vicios como la avaricia, la voluptuosidad y la gula. Prototipo del viajero que crea discordia, es Caín, su contrafigura positiva tiene rasgos de eruditos de monasterio y de hombres sabios alejados del mundo. Así fueron cuidadosamente ordenadas siguiendo las categorías aristotélicas las curiosidades únicas y maravillosas reunidas en los viajes de descubrimiento del Nuevo Mundo. Mexía introduce semejantes curiosidades en su *Silva*, no sin hacer referencia a su carencia de uso y significado:

Cosas son, las dichas, de poca importancia y provecho; pero, como el entendimiento del hombre cobdicia saber la razón de todas las cosas, no ay cosa tan liviana que, al que no la sabe, no dé gusto entenderla<sup>41</sup>.

*Lo continuo frente a lo nuevo*: el asombro, el espanto o la curiosidad son pasiones del conocimiento que presuponen normalmente un objeto que choca contra lo conocido, es decir, una anomalía. Por ello, Lorraine Daston defiende la tesis<sup>42</sup> de que la escolástica medieval, partiendo de Aristóteles, se ocupaba en el campo de la naturaleza sobre todo de lo que siempre o casi siempre sucedía, mientras que los autores de inicios de la Época Moderna intentaron penetrar en las maravillas y en los secretos ocultos de la naturaleza. Como las maravillas y los secretos pasan a ser los objetos preferidos, son revalorizados el asombro y la curiosidad como pasiones filosóficas. Realmente, la preferencia de lo general frente a lo concreto se remite a Aristóteles, quien

<sup>40</sup> Pérez de Oliva, *Diálogo de la dignidad del hombre*, p. 119.

<sup>41</sup> Mexía, *Silva de varia lección I*, p. 332; Daston, 2002, p. 161.

<sup>42</sup> Daston, 2002, p. 161.

en su *Metafísica* reconoce como sabio a aquel que todo lo sabe sin disponer del conocimiento de lo individual. Según el filósofo griego, él puede reconocer cosas difíciles, que están más allá de las sencillas percepciones sensoriales. El sabio investiga las primeras causas y principios prefiriendo con ello la ciencia más general a la menos general<sup>43</sup>. La tesis, en el sentido propuesto por Daston, de que en el siglo XVI, junto al interés por lo normal aparece el asombro por lo extraordinario la confirma también el humanista Mexía:

Cada una de las obras de naturaleza es maravillosa y arguye omnipotencia en el criador de las cosas; pero las que van por vía ordinaria y ay entendida por los sabios, no traen admiración. Tales son ver nacer y crecer los hombres, las bestias y las plantas, y producir sus frutos y todas las demás ordinarias; pero otras ay dellas no nos espantamos por su naturaleza, pero admirámonos de ver cómo se causó aquello que parece que repugna al común ser y orden de las cosas<sup>44</sup>.

Junto a las cualidades normales como frío, húmedo, caliente, dulce o amargo hay otras «ocultas y maravillosas»<sup>45</sup> cuyo origen es desconocido y por eso evocan la «curiosidad de los hombres»<sup>46</sup>. En el siglo XVII, prosigue en Descartes el creciente interés por lo individual y por lo nuevo: «*Car nous n'admirons que ce qui nous paroist rareextrao et extraordinaire*»<sup>47</sup>. De modo similar para La Bruyère: «La curiosité n'est pas un goût pour ce qui est bon ou ce qui est beau, mais pour ce qui est rare, unique, pour ce qu'on a et ce que les autres n'ont point»<sup>48</sup>.

<sup>43</sup> Aristoteles, *Metaphysik*, pp. 20 y ss.

<sup>44</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 606.

<sup>45</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 800.

<sup>46</sup> Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 804.

<sup>47</sup> Descartes, *Die Leidenschaften der Seele*, p. 116.

<sup>48</sup> La Bruyère, *Les caractères*, p. 393. El encontrar siempre cosas nuevas lleva a la conciencia de progreso, como lo caracteriza Diderot hablando de los ilustrados del siglo XVIII, aunque la orientación hacia el progreso en la *Enciclopedia* se equilibra a través de la necesidad contrapuesta de aceptar lo ya existente: «C'est une certaine curiosité que tous les hommes ont, et qui n'a jamais été si raisonnable que dans ce siècle-ci. Nous entendons dire tous les jours que les bornes des connaissances des hommes viennent d'être infiniment reculées» (cita extraída de Blumenberg, 1973, p. 274).

Ahora bien, dado que lo nuevo individual siempre fue preferido como objeto de la literatura, ya que se podía esperar el interés y la curiosidad del lector, se relativiza un tanto la tesis de Daston. Mexía menciona la obra de Plutarco *Vidas paralelas* con «grandes y notables exemplos, que podrá ver allí el amigo y curioso de hystorias»<sup>49</sup>. También Lazarillo quiere presentar cosas no oídas «porque son nuevamente oydas, o porque nunca fueron vistas»<sup>50</sup> y recurre como también Apuleyo al topos «yo traigo lo no dicho todavía», que Ernst Robert Curtius ya había encontrado en el marco de la tópica exordial a fines del siglo v a. C.<sup>51</sup>

Mientras que las definiciones de la curiosidad realizadas hasta ahora partían del objeto, trataremos en lo que sigue el sujeto, esto es, la posición del curioso. De hecho, a comienzos de la Época Moderna se vieron los peligros del conocimiento en primera instancia en la motivación del sujeto, es decir, por ejemplo en la curiosidad en sí, mientras que hoy se ve sobre todo en su aplicación, por ejemplo en la biotecnología.

*Orgullo desmesurado y la búsqueda de notoriedad*: ya que según Laktanz Dios ha ocultado lo que evoca la simple curiosidad<sup>52</sup>, aparecen las fronteras de la razón humana vulneradas por el afán de experiencia, allí donde no puede haber ninguna. La *superbia* frente a Dios —gr. *hybris*—, puede dirigirse también contra otro miembro de la comunidad y se manifiesta entonces como ergotismo. Quien se ocupa sobre todo con lo nuevo y respectivamente con *invenienda* en lugar de con *inventa* abandona según la obra *De vana curiositate* de Gerson la *concordantia doctorum*, que garantiza la verdad<sup>53</sup>. La actitud que le acompaña es *presunción vana*, *vanitas* y no *sumisión*, *pietas*<sup>54</sup>.

*Curiositas, cupiditas y otros apetitos*: la relación entre *curiositas* y *cupiditas*, 'avidez', se muestra ya en expresiones como por ejemplo en Mexía que considera a los hombres como «cobdiciosos de saber»<sup>55</sup> o Villalón, quien habla de una «curiosidad de adquerir riquezas»<sup>56</sup>.

<sup>49</sup> Mexía, *Silva de varia lección I*, pp. 502 y ss.

<sup>50</sup> Ver Vilanova, 1979, p. 269.

<sup>51</sup> Curtius, 1961, 3 ed., p. 95.

<sup>52</sup> Müller, 1976, pp. 314 y ss.

<sup>53</sup> Müller, 1976, p. 317; ver también, Gerson, 1987, pp. 97-98, 104-105.

<sup>54</sup> Augustinus, *Bekenntnisse*, p. 121. (V,V).

<sup>55</sup> Pedro Mexía, *Silva de varia lección II*, p. 177.

<sup>56</sup> Villalón, *El scholástico*, 1967, p. 42.

Plutarco caracteriza en su tratado *De curiositate* el adulterio como una forma de curiosidad por el placer de un otro<sup>57</sup>. San Agustín coloca el afán de curiosidad al mismo nivel que el deseo carnal. Lo llama placer visual, puesto que él está en la base de la sed de conocimiento y el sentido de la vista representa el papel principal en el conocer. A esa avidez apelan las sensaciones transmitidas en una obra de teatro. Ella motiva a las personas a buscar secretos, a dedicarse a la magia, a exigir de Dios señales y milagros, sólo para experimentar algo<sup>58</sup>. Por tanto, la experiencia es siempre criticable cuando sirve al vicio y lleva a la degradación del mundo. Un ejemplo visible se encuentra en la presentación alegórica de la curiosidad en la obra de Cesare Ripa *Iconologia* (1593), donde lleva orejas repartidas por toda la vestimenta, para poder oírlo todo, mira con ojos ávidos de rana, tiene las manos alzadas y el pelo desgreñado expresando su excitación<sup>59</sup>. Pedro Mexía aconseja evitar encontrarse con quien pregunta demasiado, ya que éste es un parlanchín<sup>60</sup>. También Descartes yuxtapone la curiosidad a otros apetitos si bien diferentes pero comparables como la sed de notoriedad o de venganza<sup>61</sup>. Finalmente para La Bruyère se dice de la curiosidad en el contexto cortesano del siglo xvii que: «Ce n'est pas un amusement, mais une passion, et souvent si violente, qu'elle ne cède à l'amour et à l'ambition que par la petitesse de son objet»<sup>62</sup>.

## 5. CONCLUSIÓN

Si se considera *El licenciado Vidriera* y la segunda parte del *Lazarillo* desde las diferentes perspectivas de la curiosidad antes mencionadas, se muestra que éstas sirvieron como directrices en no pocas ocasiones. Así se relacionan las preguntas curiosas que se le realizan al *Licenciado* con el mundo vital inmediato, tematizan la problemática

<sup>57</sup> Ver Blumenberg, 1973, p. 90.

<sup>58</sup> Ver Augustinus, *Bekenntnisse*, pp. 290 y ss.

<sup>59</sup> Krüger, 2002, p. 13.

<sup>60</sup> Mexía, *Silva de varia lección*, tomo I, p. 214.

<sup>61</sup> «Car, par exemple, la Curiosité, n'est autre chose qu'un desir de connoistre, differe beaucoup du desir de gloire, & celuy-cy du desir de vengeance, & ainsi des autres» (Descartes, *Die Leidenschaften der Seele*, p. 136).

<sup>62</sup> La Bruyère, *Les caractères*, p. 393.

sobre cuál es la actitud correcta y la felicidad del hombre. Por ello no se les puede reprochar que sacrifiquen la felicidad del ansioso de saber. En contraposición a éstas se encuentran las preguntas que el rector de la Universidad de Salamanca realiza al Lazarillo. Preguntar cuántas toneladas de agua hay en el mar, cuántos días han transcurrido desde la creación de Adán o dónde se encuentra el fin del mundo es irrelevante, sin importancia para la vida del individuo y empíricamente indemostrable, como Lazarillo aclara, quien en este punto somete las aporías del saber de los libros al conocimiento crítico del saber de la experiencia. El hecho de que el Licenciado, a pesar de la aparente relevancia de las materias no conteste las preguntas con seriedad, no depende tanto de las materias en sí, sino de que en él se parodia al mismo tiempo a los escritores humanistas contemporáneos, quienes en mayor o menor medida habían escrito tratados sobre todos los oficios y el modo de comportamiento de sus representantes<sup>63</sup>. Con ello se insinúa en *El licenciado Vidriera* una ironización de los intereses humanistas acerca del conocimiento y de las formas del saber.

La crítica, según la cual la curiosidad lleva al ergotismo, la sed de notoriedad y la presunción, afecta al Licenciado tanto como al Lazarillo. Es conocido que el licenciado quería alcanzar fama a través del saber y su locura radica en que —comparablemente con el capricho de un erudito o de un sabio— primero ha de despertar la curiosidad de los demás para poder ser conocido. Por tanto su afán de conocimiento está en relación de dependencia con su ansia de notoriedad y por ende tanto él como el codicioso Lazarillo están a merced de sus pasiones. Finalmente, su metamorfosis puede ser considerada como castigo para curiosos, igual que el asno de Apuleyo, ya que por curiosidad visita a una dama conocida de la ciudad («por ver si la conocía, fui a visitarla»)<sup>64</sup>. Ahora han terminado sus viajes de descubrimiento, cuyas novedades recibe con asombro siempre.

Con todo lo dicho, ¿se legitima o se refuta la tesis de Blumenberg sobre la legitimación de la curiosidad al inicio de la Era Moderna? En todo caso debe ser modificada, pues la curiosidad ni está completamente legitimada a inicios de la Era Moderna ni está absolutamente ilegítimada antes de ella. Así, no tiene en cuenta suficientemente el

<sup>63</sup> Ver Strosetzki, 1999.

<sup>64</sup> Anónimo, *Segunda parte del Lazarillo*, p. 115.

hecho de que la oposición entre felicidad y afán de saber proveniente de la Antigüedad clásica fue retomada con gran interés por los humanistas del Renacimiento. Esto se aplica también a la desvalorización de lo irrelevante en el *divertissement* de Pascal y la crítica consideración del viaje como inquietud en Erasmo y en Mexía. Incluso también fueron considerados de modo crítico el orgullo desmesurado y el afán de notoriedad en el Siglo de Oro como aberraciones extendidas de la curiosidad. Y tanto Villalón y Mexía como La Bruyère y Descartes consideran todavía la *curiositas* y la *cupiditas* como vicios y no como virtudes. Ya en sí llama la atención, la valoración que Mexía, Descartes y La Bruyère realizan, en la misma medida, frente a lo nuevo, aquello que la curiosidad busca y que despierta el asombro. Ahora bien, no debemos olvidar que éste fue considerado ya por Aristóteles como el punto de partida de la filosofía difundiendo la literatura desde la Antigüedad hasta Cervantes con el topos «Digo algo todavía no contado».

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- ANÓNIMO, *Segunda parte del Lazarillo*, ed. P. M. Piñero, Madrid, Cátedra, 1988.
- ARISTÓTELES, *Metaphysik*, ed. Franz F. Schwarz, Stuttgart, Reclam, 1970.
- AUGUSTINUS, Aurelius, *Bekenntnisse*, ed. K. Flasch, Stuttgart, Reclam, 2000.
- BLUMENBERG, H., *Der Prozeß der theoretischen Neugierde*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1973.
- CERVANTES, M. de, *Novelas ejemplares II*, ed. J. B. Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1982.
- COVARRUBIAS, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. M. de Riquer, Barcelona, Horta, 1943.
- CURTIUS, E. R., *Europäische Literatur und lateinisches Mittelalter*, Bern/München, Francke, 1961, 3ª. ed.
- DASTON, L., «Die Lust an der Neugier in der frühneuzeitlichen Wissenschaft», en *Curiositas*, ed. K. Krüger, Göttingen, Wallstein-Verl., 2002, pp. 147-175.
- DESCARTES, R., *Die Leidenschaften der Seele*, ed. K. Hammacher, Hamburg, Meiner, 1996.
- GERSON, J., «Contra vanam curiositatem», en *Opera Omnia*, ed. L. Ellies Du Pin, Hildesheim, Zürich, Olms, 1987, vol. 1, pp. 86-106.
- JOLY, R., «Curiositas», en *L'Antiquité Classique*, 30, 1961, pp. 13-44.
- KRÜGER, K., «Einleitung», en *Curiositas*, ed. K. Krüger, Göttingen, Wallstein-Verl., 2002, pp. 7-18.

- LA BRUYÈRE, *Les caractères*, ed. R. Garapon, Paris 1964.
- METTE, H. J., «Curiositas», en *Festschrift Bruno Snell zum 60. Geburtstag*, München, Beck, 1956, pp. 227-235.
- MEXÍA, P., *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro, Madrid, Cátedra, 1989, 2 vols.
- MÜLLER, J.-D., «Erfahrung zwischen Heilssorge, Selbsterkenntnis und Entdeckung des Kosmos», *Past & Present*, 73, 1976, pp. 307-341.
- PÉREZ DE OLIVA, F., *Diálogo de la dignidad del hombre*, ed. J. L. Abellán, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1967.
- STROSETZKI, Chr., *Literatur als Beruf*, Düsseldorf, Droste, 1987.
- «Der Ratsherr im Siglo de Oro: ein Berufsbild zwischen Fürstenspiegel, bürgerlicher Emanzipation und literarischer Satire», en *Dulce est philologiam colere*, Festschrift D. Briesemeister, eds. S. Große y A. Schönberger, Berlin, Domus Ed. Europaea, 1999, pp. 657-677.
- VILANOVA, A., «L'âne d'or' d'Apulée, source et modèle du 'Lazarillo de Tormes'», en *L'humanisme dans les lettres espagnoles*, ed. A. Redondo, Paris, Vrin, 1979, pp. 267-285.
- VILLALÓN, C. de, *El scholástico*, ed. R. J. A. Kerr, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1967.